Someone great

Alejandro Medina

Image not found.

Capítulo 1

Todo ahora mismo es tan residual, todo. Yo mismo, este relicto sentado al borde de la mesa y el abismo soy *estas ruinas que ves*, piensa el tipo mirando de fijo hacia la pared, los codos y los antebrazos reposando sobre el mantel, con un cigarrillo más consumiéndose entre sus dedos. Todo tiene un resabio desagradable y dulce a la vez, la pereza binaria para evadir la definición absoluta sobre pensamientos concretos. Piensa y fuma, fuma y piensa. Todo es tan residual, como la ceniza y las colillas en el cenicero, como los trozos de barra de pan y rebanadas de tomate oxidándose lentamente en el plato; como la mañana de hoy que ya quedó en el pasado, como esta tarde que va consumiéndose lentamente. Todo es tan residual, piensa el tipo, como el recuerdo ya lejano de aquél día de otoño en que el amigo homosexual de Claudia los presentó en una cita concertada en el SEP'S de Insurgentes; todo es tan residual, como la emoción inusitada del amigo homosexual por su labor de alcahueteo. Tan residual como la viva imagen de Claudia entrando tímidamente por la puerta del viejo restorán, su cabello suelto, los lentes de pasta de carey, su chaqueta de mezclilla deslavada y sus blue-jeans impecablemente limpios. Claudia. La imagen de Claudia es tan residual ahora, pero sus vestigios quedaron por todos lados: en las barras de pan, en la taza de café, volando entre el humo del cigarro, en la luz del amanecer, en el *Manuscrito hallado en un bolsillo* o en *Un lugar llamado Kindberg*. El tipo sigue sentado en la mesa mirando de fijo a la pared. Hoy la tarde está increíble. La vida allá afuera sigue como si nada estuviera pasando, y es que la gente no tiene la obligación de saber que me estoy desmoronando, piensa. Se levanta de su asiento y se dirige a la ventana: una docena de niños y un perro corren tras una pelota mientras don Chuy, el abuelo de la cuadra, los mira sentado en su mecedora como todas las tardes que sale a la vereda para ver el tiempo pasar. Me gustaría tanto tener diez años otra vez y no pensar más que en patear pelotas y comer helados, piensa, y se vuelve a la mesa, enciende un nuevo cigarrillo y otra vez ese punto infinito en la pared.

Toma un trozo de pan, lo abre por la mitad y con desilusión va untándole rebanadas de tomate. Mastica lenta y forzadamente, como si el mero acto de masticar y tragar representara una condena que purga mientras su ejecutor le apunta hacia la cabeza con un revólver. Como si despertara repentinamente de un sueño, percibe que el ruido hecho por los niños ha cesado; siente pánico repentino de que todo se haya que dado así en silencio tan abruptamente y rápido se dirige al aparato de radio y lo enciende. Una voz cavernosa sale por la bocina del aparato y comienza a salmodiar I campaigned for nothing mientras el bocado comienza el tránsito de la boca hacia el estómago; otra vez Claudia, otra vez todo es tan residual, otra vez esa voz interna que viene cuando todo va mal y I worked hard for this lo intenta persuadir de terminar de raíz con todo porque I tried to get you las fuerzas para seguir peleando se agotan y es

más fácil decir you treat me like this no va más.

El tipo se sobresalta al escuchar tres golpes estruendosos en la puerta que lo traen de vuelta a la realidad. Se quita con un pañuelo algunas pequeñas migajas de pan prendidas en las comisuras. Sin preguntar quién toca abre la puerta.

—¡Hijo!

—Hola, mamá. ¿Qué haces aquí?

—Vine a verte. ¿Acaso una madre no tiene derecho de visitar a sus hijos?

—No digas eso, mamá. Pásate. Perdona el desorden en la mesa, apenas estoy comiendo.

La madre lleva cargando una bolsa que luce un poco pesada, la deposita encima de la consola donde están desperdigados algunos libros y el aparato de radio. Pero qué cosas tan espantosas estás escuchando, ni se le entiende, dice, y apaga la radio. Saca sin apuro el contenido de la bolsa, ordenándolo juiciosamente todo sobre el mueble.

—¿Es tiempo de guerra o qué? —dice el tipo.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres? No te entiendo.

—¿Qué significan todas esas latas?

—Es comida enlatada. Hace una semana hicimos la despensa y nos sobraron algunas cosas; como en casa ya sólo somos tu padre, tu hermano y yo —toma una lata y se coloca los lentes que trae colgando del cuello—. Mira: te traje palmitos, que tanto te gustan.

—Gracias, mamá, no debiste. Podrían hacerle falta a ustedes.

—No digas tonterías y mejor ven a darme un abrazo, hijo mío. ¡Cuánto te he extrañado! ¿Hasta cuándo dejarás de ser tan cabezota y te regresas al lado de tu madre? Me haces mucha falta.

—Por favor, mamá, ya hablamos de esto. Cuando me fui de casa claramente te dije que me iba para no volver. Yo no seré como mi hermano, que en cuanto se le complicó tantito la vida regresó con ustedes a seguir de mantenido.

—Ay, hijo, no hables así de él. Es tu hermano.

—¡Como si fuera el presidente de la República! Y sabes que tengo razón. Lo que pasa es que toda la vida lo han solapado sólo por ser el mayor,

porque otro mérito reconocible no se le conoce, o al menos yo no lo conozco. Ya me gustaría a mí ser tan cínico como él.

—No hables más así, hijo, me partes el alma. No me gusta que peleen.

—Si no es por pelear, mamá. Es que alguien tiene que decirlo. Perdóname —la abraza y la besa en el cabello y la frente—. Siéntate. ¿Te sirvo agua?

—Gracias, hijo. Así estoy bien.

El tipo limpia presuroso la suciedad de la mesa. Recoge los migajones de pan, los desperdicios de tomate; vacía lo acumulado en el cenicero y abre la ventana para dejar entrar el aire.

—Ay, hijo, ¿pero ya estás fumando otra vez, y como desquiciado? ¿No aprendiste la lección con lo del tío de tu padre? ¿Quieres terminar como él?

—Te juro que apenas empecé a fumar , mamá, porque lo necesito. Han pasado cosas.

—Pues cuéntamelas, hijo. A quién más puedes contárselo si no es a tu madre.

—No, no tiene caso.

—Entonces si no quieres decirme nada no lo hagas. Dime mejor, ¿qué comes? Dijiste que estabas comiendo.

—Lo que ves sobre la mesa —el tipo abre los brazos, como desvelando una sorpresa.

—¿Esto? —la madre mira con estupefacción los trozos de pan y rebanadas de tomate que yacen en un plato ancho— ¿Qué es esto?

—Pan y tomate.

—Ya sé qué cosas son, baboso. Me refiero si a esto tú le llamas comida.

—Pues sí, mamá, no veo otra forma de nombrarle.

—Supongo que sólo es una botana, ¿cierto?

—No, mamá. Pan y tomate es lo único que me entra desde hace tres semanas.

—¡Pero hijo!

La madre se escandaliza por la frugalidad de los alimentos. Se pone de pie, va hacia la consola y coge una lata, repitiendo la operación de colocarse antes los lentes para leer mejor las etiquetas. Regresa a la mesa, le arrebata el bocadillo de las manos a su hijo, abre la lata que trajo consigo, y ayudada por un tenedor saca tres rebanadas de jamón ahumado.

—Toma. Por lo menos que te caiga algo más sólido al estómago.

El tipo mastica con calma. De pronto ha desaparecido la sensación desagradable de masticar y tragar, sin embargo, aún queda algo de residual, algo que está ahí negado a retirarse.

—¿En qué piensas, hijo?

—En nada, mamá —responde con sobrecogimiento—. En cosas.

—Cosas que no piensas contarme. Está bien.

—No te enfades, por favor. No es que no quiera contarte, es que… Mejor, cuéntame, ¿cómo va todo por casa? ¿Hay alguna novedad?

—Muchas. Tu padre cayó enfermo.

—Ah. ¿Y qué le pasó?

—Le está creciendo el corazón muy rápido.

—Pues que se cuide. ¿Qué más?

—¿No te apena ni tantito su condición?

—Él no se apenó por haber hipotecado mi vida. ¿Se te olvida que por su culpa los bancos difícilmente me prestarán dinero?

—Eres muy injusto.

—Lo que sea. ¿Qué más?

—Me parte el alma escucharte hablar así, hijo. Si tan sólo accedieras a hablar con él una vez, para aclararlo todo. Hazlo por mí, te lo pido.

—Te prometo que lo pensaré. ¿Qué más?

—Ay, hijo, estás volviéndote muy duro, incluso contigo mismo.

—No te aflijas. Es sólo una fase. Cuéntame más, ¿qué ha sucedido por el barrio?

—Varias cosas. ¿Recuerdas hace como diez años, precisamente por estos días, que en el lapso de un mes se fueron en seguidilla la mamá de Adriana, el papá de Verónica y don Clemente?

—Cómo olvidarlo.

—Acaba de suceder algo parecido. Primero fue doña Martha. Fue terrible: de un paro cardíaco fulminante estando sola en casa mientras los hijos andaban de fiesta; pasó en mitad de madrugada de un domingo. Tu hermano ayudó a los hijos a bajar el cuerpo creyendo que aún tenía pulso y la llevaron al hospital, pero todo había sido en vano. Luego la velaron casi todo el día en la entrada de su casa y a eso de las cinco de la tarde se fueron en caravana hacia Perote, allá la enterraron.

De tajo detiene su relato y se queda pensando. Gesticula para ayudarse a recordar.

—Creerás que me estoy acordando de que aparte de las latas yo traía otra cosa cargando, sólo que no recuerdo lo que era —la cara empieza a desfigurársele por la angustia.

—¿Estás segura?

—Sí. Si yo traía… ¡Ah, ya me acordé!

De un salto se incorpora de la silla y sale corriendo graciosamente hacia la puerta, la abre, busca en el piso, y al detectar el objeto se agacha a recogerlo. Comienza a hablarle con cariñitos, pidiéndole disculpas por haberse olvidado tan fácilmente de él.

—Mira: te traje unas hortensias. Y mira la macetita tan bonita, ¿no te parece?

—Están preciosas. Pero, son azules.

—¿No te gustan?

—Me encantan, mamá, me fascinan las flores azules, pero…

—No te gustaron.

Otra vez vuelve a ser todo tan residual, todo son vestigios. En las flores, en el azul. De nuevo está ahí, el *Cuello de gatito negro* y el *Cambio de*

luces. Otra vez cierra, aprieta los ojos, y ahí en los destellos verdes, ahí en la negritud.

—¿Qué te pasa, hijo? —la madre inmediatamente se posa al lado del tipo y lo abraza— ¿Dime qué ocurre?

—Nada, mamá, nada. Son las flores. Están hermosas, muy hermosas. Ya está.

—¿Seguro que es eso? Nunca vi a nadie ponerse así por unas flores.

—Segurísimo, mamá. Las hortensias azules son las flores más preciosas. Mejor sigue contándome las novedades del barrio, ¿quieres?

—Andas muy raro, hijo mío. Y si te niegas a contarme nada, allá tú —deposita la maceta encima de la consola y regresa a su asiento—. Como a las tres semanas de lo de doña Martha fue Paco, el joyero, un asunto casi misterioso. Pasó un miércoles casi entrando la noche; la familia lo manejó todo muy herméticamente, con decirte que ni velorio hubo, sólo vino la funeraria por el cadáver y asunto finiquitado. A los tres días de eso pasó lo de doña Flor.

—¿Doña Flor? —el tipo enciende un cigarrillo ante la desaprobación de la madre— ¿Quién es doña Flor?

—¿Ya no te acuerdas de ella? Cuando vivíamos en la vecindad de don Ángel, la que ocupaba el departamento de en medio.

—¡Ah, sí! La señora que siempre andaba contando que tenía esposo, un tal Pancho o Juan, total que nunca se lo vio al tal Pancho o al tal Juan.

—Ella, sí. Pobrecita: murió casi en la indigencia, de una pulmonía. Tuvimos que cooperarnos entre varios para darle cristiana sepultura.

—Qué cosas, caray. Yo también tengo algo que contarte —el tipo aplasta el cigarro en el cenicero y sirve agua para ambos de una jarra de cristal—. No sé si deba contártelo.

—¿De qué se trata? ¿Será tan grave como para querer autocensurarte?

—Es sobre un sueño.

—¡No me digas que ahora te dedicas a interpretar sueños! —ríe brevemente y bebe un poco de agua.

—¡Por supuesto que no! Es un sueño que tuve, tan intenso que casi lo

sentí real.

—Entonces cuéntame, no me dejes en ascuas.

El tipo inhala bastante aire antes de comenzar a hablar. Agacha la mirada, evitando los ojos de su madre.

—Se trata de mi hermana, tu hija. Anoche soñé que regresaba con nosotros. Soñé que estábamos en casa mi hermano y yo, y de repente aparecían tú y papá con ella en medio de los dos.

La festividad de instantes atrás troca en dolor, dolor que se apodera de la cara, los brazos, las manos de la madre. Llora conteniéndose. El tipo se apresura a ponerse a su lado, se hinca y la abraza, le besa el pelo.

—Mi hija, mi hijita chula. Cómo la extraño —dice, mirando a su hijo. Él la estrecha aún más. El único llanto contra el que no tiene defensa es el de su madre.

—También yo la extraño. Hoy más que nunca me hace falta mi hermana —se incorpora para ir a buscar pañuelos. Regresa con una cajita, saca uno para limpiarle cariñosamente la cara. Vuelve a desaparecer un momento y retorna a la mesa con un objeto rectangular entre las manos—. Mira, ¿recuerdas esta foto?

La madre toma el objeto y lo contempla unos segundos; su llanto ahora se combina con un poco de risa.

—Mírala, mi hija, tan bonita. Aquí tú tenías cinco años y ella tres. Ese día no dejó de llorar hasta que tu maestra le dio su bolsita de dulces.

—Consérvala tú. Contigo esa fotografía estará mucho mejor.

La luz de la tarde que se filtra por la ventana comienza a palidecer. Hace un rato que todo está bajo un silencio tranquilizante. El tipo continúa hincado junto a su madre riendo seguramente por anécdotas devueltas al presente gracias a ese pedazo de tiempo fijado en papel.

—¿Qué hora es? —pregunta la madre.

—Las siete.

—¡Las siete! ¡Santo niño de Atocha! ¡Tu padre debe estar preocupadísimo porque aún no he llegado a la casa!

—¿Quieres que salga a la calle a parar un taxi?

—Si me haces el favor.

El tipo sale a la calle. Lo sorprende un viento fresco que le obliga a resguardar las manos en los bolsillos del pantalón. La madre aguarda parada en el quicio de la puerta.

—Ahí viene uno —dice el tipo.

La madre lo alcanza en la orilla de la vereda, lleva abrazada la fotografía contra su pecho. Saca una cartera de su bolsa de mano y extrae de ella unos billetes, toma, hijo, dice, no es mucho pero de algo te ha de servir, guarda eso, mamá, les hará más falta a ustedes que a mí. El taxi se detiene delante de ellos; una mujer es quien conduce el auto. Madre e hijo se abrazan; trata de visitarme más seguido, por lo menos, dice ella, y en un rápido movimiento de manos le encaja los billetes en el bolsillo trasero del pantalón, y no se te olvide regar las flores y sacarlas diario al sol, dice la madre ya adentro del taxi, no se me olvida, dice él. Arranca el auto, dejando tras de sí una estela de humo y efecto Doppler. Lentamente, como sopesando cada paso, el tipo vuelve a su casa, alternando la vista entre sus pies, el suelo y el cielo: *Porque ese cielo azul que todos vemos no es cielo, ni es azul*. Coge de la mesa el cenicero, toma uno de los libros de la consola y se dirige a su recámara. Se acuesta en la cama, enciende un cigarro y coloca sus brazos detrás de la nuca, mira hacia el techo y piensa. Piensa: el techo, el cigarro, mamá, el libro, la maceta, el sol, el viento de esta tarde, cierra los ojos, capítulo uno, capítulo siete, las flores, Claudia…

Sin sobresaltos. Así es como acabo de despertar esta madrugada: sin sobresaltos. Es la primera vez en varios días que despierto y siento que la angustia ya no está allí sentada en el borde de mi cama esperándome, esperándome para recordarme que hay algo en el aire dispuesto a seguir acechándome con recuerdos que se obstinan en ser desagradables, dolorosos, espinosos, residuales. Y es que no todo es tan malo, es la temprana ausencia y la perspectiva inmediata de estar solo lo que alimenta en uno la idea de lo irremediable, del vacío. Hay una como paz total ahora. Despierto y es curioso que lo primero en lo que pienso es en los famosos versos de Santa Teresa; curioso porque hace años que estoy negado a todo lo religioso. Restriego mis ojos con el dorso de la mano y echo un vistazo en mi derredor: me doy cuenta que me dormí sin cambiarme la ropa; el cigarrillo que estaba fumando se consumió enteramente en el cenicero (no recuerdo el momento en que lo puse ahí); el libro que leía se quedó oportunamente abierto en el capítulo ciento treinta y siete; digo oportunamente porque hasta ayer me parecía algo muy contundente, mas ya caigo en cuenta de que no todo es así de implacable, siempre existen los matices y las concesiones. Me levanto de la cama, es entonces que reparo en el sabor amargo de la boca por tanto fumar. Voy al baño, atravieso la sala-comedor y miro la consola, encima de ella siguen descansando *La arqueología del saber* de Foucault y el tomo

dos de *Mao y la Revolución china*, ejemplar que compré únicamente por los treinta y siete poemas escritos por Mao Tse-Tung; veo también la maceta con las hortensias azules, y ahí en cada florecita puedo mirar el precioso rostro de Claudia. Entro al baño, me lavo los dientes y me echo agua en la cara y el pelo, tomo unas pastillas de menta del botiquín y salgo. Miro el reloj colgado a un lado de la puerta de mi recámara: faltan quince minutos para las cinco de la mañana. Despertar a esta hora ya no me resulta tan ajeno como en un principio. Antes de salir a la calle vuelvo a mirar las flores encima de la consola: "Querer es más que recordar o prepararse a recordar".

Afuera todo tiene algo de inocencia en esta hora, los árboles, las piedras sobre el asfalto, las luces titilantes de más allá, son de una inmadurez que a poco aparecen los primeros rayos del sol se colman de la experiencia de tantos otros amaneceres. Los primeros ocupantes de las calles muestran fastidio resignado en sus caras, y yo los entiendo, yo también miro las ventanas de luces apagadas y siento una tremenda envidia de saber que alguien duerme placenteramente detrás de esas cortinas sin alguna preocupación que altere su sueño. Andar así de madrugada tiene un tono como de majestad: uno parte plaza recibiendo caravanas y reverencias de veredas y gramas cubiertas de rocío y soledad, fieles súbditos de mis pasos que me hacen sentir rey por un breve instante, rey de las calles, rey de toda una ciudad.

Esta mañana no siento necesidad de caminar hasta que ya no me den para más las piernas. Hoy no. Hoy no me ha pasado como otras tantas veces que nunca entiendo el despertar; hoy tengo la certidumbre —aún no lo sé del todo bien en qué consiste esa certidumbre— del final de alguna indeterminación. Me siento en una banquita de piedra, enciendo un cigarrillo y me pongo a ver pasar los últimos minutos de oscuridad. Las luces de las farolas dibujan un aura sobre los follajes de los árboles, el suspiro del aire es tan tenue como un arrullo, son pocos los ruidos de automotores que hieren la tranquilidad. Hasta el sabor de este cigarro no es tan amargo como los de ayer. Un hombre viene caminando en dirección hacia donde estoy sentado. No tengo miedo. Hace mucho que entiendo que los sucesos inimaginables ocurren en esta hora. El hombre parece que me mira con insistencia; viene tambaleándose y sus manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Regáleme un cigarrito, jefe.

Su voz y su cara denotan los días y días de continua ingesta de alcohol. Viste apenas una playera rayada, vaqueros totalmente percudidos y mocasines que de tan gastados parecen contrahechos. Le ofrezco cigarros de mi paquete; toma uno y se queda como esperando alguna aprobación.

—Présteme su lumbre.

No estoy dispuesto a que nadie altere la serenidad con que he despertado y le estiro una cerilla encendida, el hombre se acerca y jala un par de veces; puedo ver que su cara está cubierta por una barba hirsuta y en la cabeza se le forma una leve tonsura. Fuma despreocupadamente, mirando hacia un destino sin destino ya posible para alguien como él.

—Se siente algo fresco el tiempo, ¿verdá? —me dice.

—Algo, sí —respondo, deseando en mi fuero interno que se vaya pronto.

Noto una larga cicatriz que le atraviesa la cara posterior del antebrazo derecho, desde el codo hasta la muñeca, y pienso en el dolor que debió sentir al momento de herirse. Sigue fumando; el humo que expulsa dibuja un cono perfecto que se desvanece prontamente en el aire.

—Hay veces que me pregunto por qué las cosas no son así de fáciles siempre, ¿no cree usté?

—Sí, yo también me lo pregunto a veces —le digo sin saber qué cosas son las que deben ser así de fáciles.

No se le ven muchas ganas de retirarse. Se cruza de brazos y comienza a hablar o cantar entre dientes. Me impaciento por la posibilidad de que toda esta representación culmine en un asalto, y analizo las probables vías de escape. De pronto el hombre deja de mirar a la nada, se gira hacia mí e introduce una mano en uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Puedo sentarme, jefe?

—Adelante —me recorro unos cuantos centímetros en la banca para que la distancia que nos separa sea considerable. La sensación de peligro cambia ahora por la incomodidad de compartir asiento con un extraño ebrio a las cinco y media de la mañana.

—Daría un brazo y una pierna con tal de tener siempre esta tranquilidá, porque todo siempre sea así de callado. ¿Usté nunca ha deseado una vida así, jefe?

—Recurrentemente.

No entiendo el afán de este sujeto por ponerse grave tan temprano, por eso ejecuto las enseñanzas de mi padre: respuestas cortas a extraños para propiciar la ruptura.

—No se crea, jefe. La verdá es que a mí me gusta que haiga ruido, que se

sienta la vida, si no, pa qué.

Comienzo a pensar que este sujeto no representa un real peligro; está tan embotado que cualquier acción criminal la ejecutaría torpemente. Miro de reojo su cara, con apuros llegará a los cincuenta, mas esa permanente vida bohemia le ha cobrado una factura bastante elevada. Saca una botellita de brandy de su bolso trasero, la agita sin verla, y al no percibir sonido alguno la avienta a cualquier parte; el sonido de la botella estrellándose en el piso rompe momentáneamente la quietud relativa. Busca afanosamente algo en los bolsillos, y al no encontrar nada, escupe.

—¿Ya listo pa la chamba, jefe? —me dice.

—Hoy no trabajo.

—Con todo respeto, jefe, ¿qué se siente vivir así?

—Así cómo.

—Pos trabajando, con responsabilidades.

—No sé, no lo había pensado nunca.

—¿Le puedo confesar algo, jefe? Veo a un chamaco como usté y a un viejo como yo y siento vergüenza, porque usté, por lo que se ve, es responsable, en cambio yo me inventé esta vida para huir de los compromisos…

Huir. Siempre fue eso: huir, escapar, buscar siempre la próxima salida, la fuga, correr cobardemente, salvaguardar mi cobardía, evitar enfrentarme por primera vez a la seriedad del compromiso, del único compromiso serio de toda la vida. Casi tuve que tocar el abismo para darme cuenta de que ya no debo seguir huyendo. Lo oigo al sujeto que sigue hablando, pero sólo puedo pensar en una cosa. Lo miro de reojo, está sentado muy erguido y con los brazos cruzados, jugando con una hojita desprendida de algún eucalipto cercano. Lo veo, pero no lo oigo. En mi cabeza rezumba una verdad como templo y me rebasa, es algo tan inmenso, algo que sólo ahora en esta situación tan absurda puedo dimensionar en su totalidad. Alzo la mirada al cielo: la noche comienza a palidecer, se escuchan los primeros cantos de las aves en las copas de los árboles. Enciendo otro cigarrillo. La luz de la luna también va menguando: *Au clair de la lune / on n'y voit qu'un peu*.

—… porque pa ser padre de familia hay que ser muy valiente, o usté que piensa, jefe.

—Así parece —le digo.

—Caray, jefe, usté me cae re bien, palabra. ¿Tiene algo que hacer ahorita?

—Más al rato, cuando amanezca bien.

—Me gustaría invitarle un trago, porque me cae a todo dar, ¿qué dice?

—Francamente…

—Órale, no sea ranchero. ¿Ha probado una polla?

—¡Óigame! Apenas lo conozco y ya me está albureando.

—¡N'hombre, no sea maje, jefe! Una polla es una bebida, qué digo bebida, es un tónico. Qué dice, ¿se anima?

Caminamos por una avenida con camellón donde la municipalidad ha empleado sus esfuerzos en plantar árboles que no terminan de retoñar. Voy sorprendido por haber aceptado sin más la invitación de un desconocido a beber un *tónico*. El sujeto habla y habla, pero no lo escucho porque voy mirando cómo empieza a nacer el día. Una franja rojiza le abre paso a la claridad. Los volcanes recortan la luz del amanecer. Ahí, ahí en la majestuosidad de los volcanes está su vívida imagen.

Llegamos a un puestecito sobre la vereda. Un grupo de hombres del mismo talante del sujeto que acompaño forman un semicírculo en torno al pequeño negocio que expende jugos de fruta fresca.

—¡Quiúbole, esos! —saluda el sujeto a todo el grupo.

—Órale, ese Chiri, anoche te nos perdiste —le dice uno de ellos.

—N'hombre, mano, me agarró el patatús y me quedé tirado por ahi. Me vengo alivianando.

Mientras el sujeto saluda a sus amigos volteo hacia la avenida. A pocos metros de donde nos encontramos hay una patrulla estacionada y los dos policías que la ocupan dormitan tranquilamente.

—Miren, les presento aquí al jefe —dice el sujeto.

—Marcos Roncaglia, servidor —saludo haciendo una inclinación de cabeza.

—Es un tipo a todo dar, verdá de dios. A ver, tú, Purgas, échate una polla

pa’l jefe y otra pa mí, pero de las buenas —le dice al despachador.

El Purgas saca dos vasos de vidrio, los limpia con una servilleta y los llena hasta el tope de una bebida tipo jerez, luego, de una cesta extrae cuatro huevos de codorniz y revuelve dos en cada vaso. Se los entrega al sujeto y él me da uno a mí.

—Órale, jefe, esto es pura vitamina. Salucita.

Bebemos al mismo tiempo. El sabor es horripilante y siento ganas de vomitar.

—¿Qué le parece, jefe? Ta bueno, ¿no?

—Muy bueno —le digo para no romper la cordialidad.

La escena que estoy presenciando me parece irreal: yo envuelto en un grupo de alcohólicos irredentos sin oficio ni beneficio, y las cosas que platican son de una vulgaridad e irrelevancia temerarias. Pero al verlos actuar así me queda claro que nada hay de hipocresía en esa forma de ser. Uno de ellos saca un paquete de Boots, ofrece a todos y él mismo hace correr cerillas para encenderlos. Yo tomo un cigarro, y el sabor es espantoso.

Me apuro a darle fin al vaso de jerez, se lo entrego al despachador y doy unos pasos para desentumir las piernas. Hago movimientos para destensar la cadera y me llevo las manos hacia la espalda baja. Toco los bolsillos traseros del pantalón y siento un bulto pequeño; reviso y son los billetes que me negué a aceptarle a mi madre. Ni cuenta me di cuando los puso ahí.

—Ya hay que llegarle, ¿no? Si no de aquí en lo que caminamos no llevamos una eternidad. A ver, Purgas, cuánto te debemos —dice uno de los hombres, uno que tiene una facha menos deplorable que todos los demás.

—Permítanme invitarles en esta ocasión, señores —digo yo.

—Hombre, mano, tu amigo sí que es a todísimo dar —dice el que repartió cigarros.

Uno a uno va cruzando la calle y se juntan en el camellón. Sólo el sujeto al que acompaño se queda para despedirse.

—Me pareció escuchar que sus compañeros se dirigían a usted con un sobrenombre —le digo.

—Ah, sí. Chiri, me dicen el Chiri, por chiripa, porque todo en mi vida es así. Pero en realidad me llamo José Luis.

—¿Y adónde van ahorita?

—Al fin del mundo, jefe. Luego regresamos caminando de allá.

Los veo partir con su irresponsabilidad a cuestas. Me despido con un ademán del despachador de jugos y comienzo a desandar el camino. Mientras camino voy pensando una sola cosa, una cosa que va a contramano de la desobligación de aquel grupo de hombres. Ya no voy a huir, ya no voy a huir. Es el tiempo de las definiciones.

Camino sin prisa, saboreando la luz de la mañana. El tiempo de huir se acabó. Las manos me sudan, pero mi determinación es total. Me detengo en una esquina, frente a un teléfono público. Saco unas monedas del pantalón, marco el número y deposito el dinero en la alcancía del aparato. Nunca un tono de espera me pareció tan eterno. Mil escenarios catastróficos cruzan por mi mente, el peor de ellos es la contestadora. De pronto se escucha cómo se descuelga el auricular en el otro lado. El tiempo de huir se acabó. Suena su voz meliflua, diáfana, toda munificencia en ella. Ya no más Valentina y Adriano, ahora estoy seguro.

—¿Hola?

—Claudia.